

Rafael S. Gagliano

Sarmiento y la construcción de imaginarios culturales modernos. Las bibliotecas populares como vanguardia de la ciudad letrada

La Biblioteca Pública –más tarde Nacional– surge como un acontecimiento implicado en el proceso revolucionario de Mayo. El coraje de las nuevas ideas se acoplaba al valor de los ejércitos que habrían de expulsar a los españoles de América. Institución que nace al calor del concurso popular, tiene el sello fundacional de una experiencia democrática en tiempos inciertos. La batalla por las ideas de cambio y transformación promueven el imaginario revolucionario como un plural espacio formativo de las nuevas formas simbólicas que la generación de los hombres de Mayo lleva al dominio público. El pasaje de súbdito a ciudadano postulaba un distinto orden moral, ilustrado por una pedagogía cívica que alentaba la gestación de lectores criollos virtuosos. Los libros, de extraña mercadería que circulaba por derroteros barrocos en tiempos coloniales, pasaron a constituirse en catalizadores y motores de la revolución. Libros, lectores, bibliotecas y mundo urbano se articularon en la vida republicana independiente como una trama solidaria que fijó las direccionalidades del cambio educativo y cultural. El uso público de la razón ilustrada buscó en las publicaciones periódicas y en los libros, memorias y documentos, un cauce para apropiarse de los nuevos derechos y conquistar inéditas libertades. Hannah Arendt señala en su libro *La condición humana* que toda revolución tiene prioridades: la libertad, sostiene, es más importante y necesaria que la liberación. San Martín refuta el aserto: conjuga las victorias militares –y sus consiguientes emancipaciones nacionales– con la diseminación de

Con los ejemplos de San Martín y Belgrano en sus espaldas, que supieron articular libertades con liberación, Sarmiento confió en el poder de las ideas que –con su sentido bifronte– tanto pueden regenerar como hundir a los pueblos. Las ideas forjan narrativas que simultáneamente prometen y amenazan: de allí sus potenciales deslizamientos dogmáticos y apocalípticos. Sucede que en los procesos sociales e históricos de larga duración, lo que principia como amenaza puede transformarse en promesa redentora, como le aconteció a la figura del “desierto” sarmientino, devenido en prósperas pampas abiertas al mundo de la producción, el trabajo y la riqueza, una generación más tarde. Para su tiempo y su época, la ausencia de ideas es barbarie pura, pero también se sostiene que hay barbaries del presente –el interior rural, desértico y caudillesco– y hay barbaries del pasado, aún vigentes en ese momento, procedentes del dominio colonial español. Las culturas orales y las tradiciones hispánicas son portadoras de concepciones de mundo, y sus sentidos y atribuciones simbólicas contienen tanta complejidad como las ofrecidas por la instrucción letrada moderna. Sin embargo, para Sarmiento, no hay ninguna posibilidad de síntesis hegeliana entre las antinomias excluyentes de su universo categorial. La ciudad letrada –con sus escuelas y bibliotecas– ha de vencer completamente a las culturas orales rurales, a sus mundos de significación, sus sociabilidades nómades y sus corporeidades pulsionales. En la historia concreta de la república independiente desaparecieron de modo irreversible lenguas, saberes y acervos. Pero la historia de la barbarie la ha escrito la civilización.

Sarmiento configuró su propia biografía personal sobre la base de sus lecturas eslabonadas como secuencia de identificaciones profundas. En su “vida textual” hay otras vidas entrelazadas como modelos idealizados de realización humana. Sobre él gravita el “modelo sublime” de Benjamin Franklin, con el cual se confunde y mimetiza. Leer a Franklin, para Sarmiento, es actuar a Franklin: su identidad lectora se construye bajo la modalidad política de “leer es hacer(se)”. Si el trabajo humano es una “virtud enseñable”, la costumbre de leer ha de consolidarse como un hábito republicano que canaliza el amor a la patria. Vive las vidas de otros antes de vivir la suya propia: construye una identidad vicaria, entrando y saliendo de ella como personaje de una ficción novelada. Es la novela de la Nación argentina en su proceso de modernización liberal.

En Recuerdos de Provincia escribe:

La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él [...] Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas podría algún día llegar a formarme como él [...] y hacerme un lugar en las letras y en la política americana.

La trayectoria vital vendría a cumplimentar lo leído o también escrito en su autobiografía y plurales “defensas”. Sarmiento es un hombre hecho de bibliotecas, ideas incorporadas a libros, sensibilidades y gustos forjados al calor de contratos lectores ávidos y desordenados. Fue un self-made man antes que un “estudiante patentado”. Su universidad fue los muchos libros y los autores con los que dialogó y se peleó a lo largo de su vida. El valor ontológico y existencial del libro en Sarmiento signa su mirada de la transmisión cultural en escuelas e instituciones bibliotecarias. El libro como tal –objeto nimbado de aura propia– establecerá su intransferible autoridad cultural más allá de los vínculos formativos, los contratos intergeneracionales y los protocolos de lectura.

El país recién independiente fundó antes una biblioteca que una escuela. Esa marca olvidada de los orígenes necesita ser meditada porque contiene supuestos –ideas que no sabíamos que teníamos– y factores implícitos que pueden ayudarnos a pensar otros horizontes de inteligibilidad para la cultura pública argentina, sus modos de transmitirla y apropiarse de ella. Confiar en bibliotecas como primera institución de la libertad americana en el Río de la Plata no solo dirime viejos pleitos con el monopolio eclesiástico de la cultura letrada colonial y sus exclusivos y excluyentes repositorios, sino que también forja un programa de futuro vinculado a la democratización de los saberes y las profundas connotaciones entre sujetos de la cultura –lectores asiduos– y sujetos políticos –electores como ciudadanos republicanos–. La Biblioteca Pública asocia la pertenencia cultural a la sociedad criolla independiente, merced a la posibilidad cierta de la educación permanente, en igualdad de derechos para hombres y mujeres sin distinción. La experiencia de sentirse libre frente a un texto, leído sin obligaciones ni temores, sin subordinaciones jerarquizadas, constituye una escena de inédito cambio conceptual. Esta impronta original conformará un impulso característico de la vida social argentina, aunque en los siguientes cincuenta años

fueron tantas más las bibliotecas saqueadas o destruidas que las efectivamente constituidas. Ambientes premodernos con instituciones modernas y la mediación del libro como revulsivo constituyen un desafío mayúsculo para las primeras generaciones criollas. Gregorio Funes señalará las precauciones conservadoras en tiempos de cambio revolucionario. No todo el pueblo de Mayo estaba en condiciones de dar sentido a las derivas de los tiempos, ya que él “desde bien lejos había ido nutriendo su espíritu con la lectura de Platón, Aristóteles, Pufendorf, Condillac, Mably, Rousseau, Reynal y otros furtivamente escapados de la vigilancia de los jefes” (1960: 1532).

También en las leyes, las bibliotecas se adelantaron a las escuelas y sus sistemas de organización política y administrativa. Durante la presidencia de Sarmiento se promulga el 23 de septiembre de 1870 la Ley 419 de Protección de Bibliotecas Populares. El Tesoro Nacional auxiliará a las asociaciones de particulares que establezcan bibliotecas populares en todos los centros urbanos de la República, creando una Comisión Protectora para el fomento e inspección de las instituciones iniciadas bajo su auspicio. Estamos ante una normativa que propicia el asociacionismo vecinal mediante el lazo social responsable, al promover por medio de suscripciones y estatutos propios una nueva institución cultural. El Poder Ejecutivo se hará socio de la iniciativa aportando una suma equivalente destinada a la compra de libros. Y la Nación será responsable del envío.

Al terminar el año 1872 las bibliotecas populares totalizan 106. En 1874 la Memoria presentada por la Comisión Protectora señala (Echagüe, 1939: 21) que de las 35 bibliotecas que habían remitido los datos estadísticos se contaban 32.621 volúmenes y sus lectores estaban divididos en dos categorías: los que asistían a los salones a leer u “oír leer”, y los que llevaban los libros a domicilio. Lo de “oír leer” era entonces cosa frecuente, sin duda por la abundancia de analfabetos. Aquí la hibridación de las culturas orales con las escritas ofrece un asombroso emergente: en 1916 las bibliotecas protegidas llegan a 522, en 1922 alcanzan las 1000 y en 1930 unas 1400.

Sarmiento pone a la par escuelas y bibliotecas como instituciones de la cultura y la formación humana, pero formula distinciones importantes. Reconoce que la biblioteca es el libro y que los libros piden escuelas así como las escuelas demandan libros. En Sarmiento. Cincuentenario de su

muerte. Páginas selectas de Sarmiento sobre Bibliotecas Populares, se transcribe un artículo escrito por Sarmiento en El Monitor de las Escuelas Primarias, publicado en Chile en junio de 1853:

Haya escuelas, parece decir el buen sentido, y después vendrán, naturalmente, los libros. Haya libros, empero, ha dicho ya la experiencia, y las escuelas tendrán su razón de ser. Las escuelas educarán a los niños. ¿Quién educa a los adultos? Las escuelas no instruyen a los niños, sino que los preparan para recibir instrucción. ¿Quién instruirá a los niños y a los adultos?(1939: 16)

Escuela y biblioteca tienen desarrollos diferenciados y convergentes. Como instituciones modernas portan una novedad: los saberes están disponibles para todos, favoreciendo una sociabilidad que permite discutir el orden imperante de la tradición y la autoridad. La República liberal inicia una nueva genealogía cultural atenta al proceso de secularización de las costumbres y la fugacidad de los gustos y la transformación de las sensibilidades. La escuela alfabetiza como interés público: la instrucción es transmisión metódica de saberes y la escuela interpela al ciudadano como soberano. La instrucción es pública y la educación constituye asunto privado, que le habla al ser humano. La biblioteca es el espacio de la educación particular de cada quien. La escuela republicana transmite saberes de orden universal que vuelven iguales a los hombres particulares, en tanto ciudadanos abstractos. Sarmiento tiene una mirada instrumental de la educación primaria: ella instruirá en recursos e instrumentos que el joven o adulto lector de libros en bibliotecas desarrollará amplia y libremente, motivado por su propio esfuerzo personal. Sus comentarios críticos, compartidos en la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia el 20 de julio de 1883, resultan aquí pertinentes:

Los niños de escuela no leen libros de ningún género, mientras están en la escuela. Algunos leen los diarios. Uno por mil, como un petit prodige, habrá que desenvuelva la pasión de leer desde chicuelo [...] Los niños no leen hasta la adolescencia [...] De manera que puede asegurarse que la inteligencia del hombre está paralizada en América en cuanto atesorar datos y conocimientos, hasta la adolescencia, principiando entonces a moverse, atraída primero y casi exclusivamente por lecturas de ficciones, de cuentos fantásticos que excitan su imaginación, como el espumoso

champaña nos alegra un momento, dejándonos caer en seguida al mismo estado en que nos encontró, si no es con un dolor de cabeza más (1939: 203).

En sus últimos años de vida Sarmiento percibe que la población, mayoritariamente, está en los comienzos de la vida intelectual, y la Biblioteca Pública con 33.000 volúmenes solo es consultada por 21 lectores cada día, un promedio bajísimo que revela el carácter de archivo vetusto antes que el de una biblioteca abierta y moderna.

El proyecto cultural de Sarmiento hace una apuesta decidida por las Bibliotecas populares como centros de vida cultural urbana, con casa propia construida para dicho fin. Respecto a ellas sostiene con firmeza la condición de los libros como capital circulante, que debe prestarse a domicilio generando lazos de lectura familiar. Proponía que las bibliotecas populares estuviesen dotadas de libros recientemente publicados, para estimular la curiosidad de los lectores. Capta con singular percepción los cambios epocales de gustos literarios y de sensibilidad estética. Así, afirma:

¡No os riáis de la novela, oh sabios! La novela es la vida humana, la sociedad, el ideal mismo [...] La novela es la gran maestra del pueblo [...] Si una niña lee, si un niño es goloso de las novelas de Verne, ese niño está salvado, y aquella niña será más coquetamente elegante, o más elegantemente coqueta (1939: 208).

Sarmiento está convencido de la perfectibilidad humana y el gradual refinamiento del gusto y las costumbres por medio de la lectura, pasando por géneros y temáticas desde los más triviales a los más serios y científicos. Con una visión positivista ortodoxa dirá convencido en 1883 lo que ya había anticipado para las escuelas en Educación Popular (1939: 212)

Si suponéis dos millones de hombre leyendo Los Misterios de París quince días, habréis disminuido de la estadística criminal todas las acciones vituperables que habrían ejecutado esos dos millones de hombres y mujeres en la lucha por la existencia, en esos quince días.

La Biblioteca es el corazón de la ciudad letrada, la vanguardia que guarda sus tesoros y ayuda a entenderlos. Como núcleo duro de la sociabilidad liberal, la Biblioteca debe enseñar a salir del monolingüismo abriendo

sus anaqueles a obras escritas en los principales idiomas vivos de su tiempo: francés, alemán, inglés, italiano. La Biblioteca debe también ser catalizadora de una sostenida política de traducciones, tal que oxigene los universos propios de la lengua materna, pobre en producciones de alta creatividad literaria o científica. En una carta de febrero de 1888, dirigida al presidente de la Biblioteca de Mercedes (provincia de Buenos Aires), Sarmiento reflexiona:

Sin libros en español, recientes, renovados con los que ocupan las inteligencias de los otros pueblos, la raza española e indígena va a ir deprimiéndose de día en día hasta caer con su lengua en el oscurantismo. Es necesario traducir, traducir, traducir, como decía Larra, so pena de ver morir intelectualmente al pueblo que no sabe otro idioma que el propio, ya que el gobierno manda suprimir el inglés en las escuelas que lo enseñaban, de puros tontos que son los poetas que dirigen hoy la educación sin ton ni son, cuando debieron hacer obligatoria otra lengua... (1939: 234).

En su último año de vida, Sarmiento luchaba por la traducción al castellano de la Biblioteca Científica Internacional que reflejaba la divulgación de la ciencia reciente, con 59 volúmenes ya publicados por entonces. Para convencer de tal emprendimiento recurre figuradamente a la comparación con el impacto que produjo la creación del Parque 3 de Febrero para el embellecimiento de la Ciudad de Buenos Aires, con sus jardinerías de formatos estudiados, árboles frondosos y bulevares espaciosos. Los libros y las bibliotecas constituyen la vanguardia de la ciudad liberal, abierta al mundo y al trabajo de todos los hombres.

Las bibliotecas están atadas a las modas y mutaciones del gusto de los lectores y deben renovarse con ellos. Los deseos del lector moderno son fugaces y las bibliotecas deben capturar esa velocidad de los cambios culturales. Así reflexiona sobre la condición lectora de las nuevas subjetividades:

Los libros, sin perder su forma se desvanecen con el tiempo, en presencia de nuevos libros más avanzados o de nuevas formas del gusto y la literatura [...] ¿No era Walter Scott el modelo clásico de la novela? ¿No

hemos derramado lágrimas con Balzac, Dumas y los románticos de ahora veinte años? ¿Qué queda de todo ello? Unos libros viejos y no leídos y buscados. Hay, pues, una corriente de ideas y una sucesión de libros que necesitan, para ser perennes, medios adecuados a su capacidad y sucesión [...] No hay libros de mérito perdurable, los libros pasan con las ideas que contienen.

No se hace leer a nadie por amor a la patria u honor del país. Leemos por curiosidad, por estar al corriente de las ideas, por no quedarnos atrás. Es preciso, pues, que el libro que se lee sea necesario, buscado, impuesto, digámoslo así, por la opinión de los demás, por la fama de su autor, por la novedad de su asunto; y cada día, cada semana, cada mes, debe traer su contingente de lecturas nuevas, para alimentar la curiosidad o el hábito de alimentar el espíritu, como en condiciones menos cultas cuidamos del cuerpo (1939: 160-162).

Sarmiento cambió las representaciones culturales del lugar simbólico de las bibliotecas populares en el entramado de las instituciones republicanas. Articuló de modo creativo sus vínculos con la escuela pública, marcando sus fronteras y sinergias posibles. Favoreció el asociacionismo popular en la creación de nuevas instituciones formativas y confió en la inteligencia del hombre común como eje de una sociedad democrática. Ayudó a desacralizar el texto impreso y democratizar sus usos y apropiaciones lectoras. El mundo que pensó y ayudó a construir está aún desplegándose.

Bibliografía

Echagüe, Juan Pablo, Libros y bibliotecas: influencia de las bibliotecas en el proceso histórico argentino. Bases para una organización bibliotecaria, Buenos Aires, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, 1939.

Funes, Gregorio, "Ensayo histórico", en Biblioteca de Mayo, Buenos Aires, Senado de la Nación Argentina, 1960.